



INDULGENCIAS. ⁽¹⁾

III. ABUSOS.—VENTAJAS.

¿Hubo abusos en cuestión de Indulgencias?

¡Donosa pregunta! ¿De qué cosa no abusa el hombre, por buena y santa que sea? ¿Qué cosa hay en la tierra más santa que la Sagrada Eucaristía, fuente de toda Santidad, obra maestra de la Sabiduría Encarnada? Y, sin embargo, desde los primeros tiempos comienzan los abusos en la Comunión, y el Apóstol S. Pablo, para no remontar más arriba, escribiendo a los Corintios, se queja de desórdenes, y no ligeros, en la Cena del Señor, y amenaza con la condenación eterna a los que se hacen reos de ellos. ¿Será, pues, extraño, que el hombre que así abusa de las cosas santas por excelencia, los Sacramentos, haya usado mal también de las Indulgencias?

Ciertamente, y no tenemos interés en ocultarlo, hubo en ellas desórdenes, y no siempre pequeños; y no solamente abajo, sino arriba también. Los abusos vinieron principalmente de aquella primera entre las tres concupiscencias, que hizo caer al discípulo de Cristo, al desventurado Judas; de aquella codicia que convirtió al templo de Jerusalén en cueva de ladrones, según lo testificó Nuestro Divino Salvador; de aquel ídolo de Mamón que tan fácilmente se introduce en el templo del verdadero Dios, para profanarlo; de aquella sórdida pasión de lucro, que mezclándose en las cosas sagradas, fácilmente degenera en el horrible pecado a que Simón Mago ha vinculado para siempre su nombre. He aquí por que los desórdenes de que hablamos, han pasado a la Historia con el nombre nefasto, aunque exagerado, de **venta de las indulgencias**.

(1) Véanse los números de noviembre y diciembre de 1922.